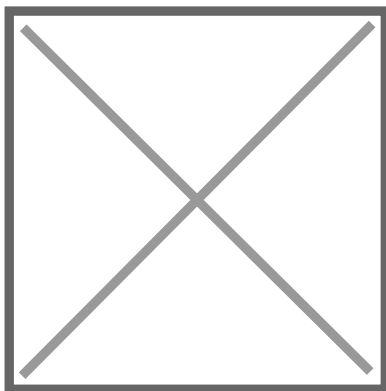




Alfonso Alcalde:

"El Panorama Ante Nosotros"

Por IGNACIO VALENTE

Que la poesía en Chile está viva a pesar de los peores: que está dramáticamente viva, aun bajo intensas presiones de apatía, espanto, miseria y odio; eso vislumbra, uno al entrar en este gigantesco Panorama de Alfonso Alcalde, abigarrado como general, suma épica largamente esperada por los pocos que, a través de pequeños y densos antipicos, sabían de su existencia aquí y en el extranjero; más largamente desconocida por el vasto público y aun por la crítica, en virtud del ostracismo personal y de la oscuridad lúgubre de su existencia aquí. Aparece hoy el primero de sus cuatro tomos: diecisiete cantos iniciales, el doliente exordio de una obra épica construida durante veinte años en el ocultamiento, en el agobio, en el silencio de los inviernos perdidos de Coliumo, literal de Concepción.

Pronuncie con timidez un joteo sobre este primer fragmento, que en su día debe ser analizado dentro de su monumental contenido. Más aun, este tomo inicial —"El arado de cinco dedos"— apenas entra propiamente en la materia épica que seguirá: cuatrocientos años de historia, conquistas, fundación de ciudades, aparición de decenas y decenas de personajes, en una muerte de Anahis en la crónica, concreta por su arraigo en las tierras de Concepción pero también brumosa e indeterminada, con su aire legendario y mítico, homérico y dantesco. Poco de todo eso resulta evidente en esta introducción, donde los personajes son todavía fugaces pretextos de un impulso poético de situación; y donde priman el sentimiento, la exploración interior, la geografía humana, con tintes metafísicos y sobre todo líricos, y la historia colectiva apenas se intina. La reconstrucción de un pasado nacional y total cede fácilmente la palabra a los impulsos desatados del lenguaje, y a sus núcleos íntimos de experiencia: los sentimientos del amor y de la muerte, del tiempo y de la naturaleza, los oficios humanos demarcatorios de la gran aventura del Panorama, que se introduce aquí por vía lírica e impresionista.

Los cantos de este primer libro están llenos de un hermoso desorden y de exóticas y patéticas reiteraciones. Críticas de estructura y de detalle, esben las que uno quiera. Todo es confuso y delirante, febril y casi neurótico en este gran poema. Y sin embargo, su desarticulado proceso entrega las señales vivas de una experiencia dolorosa. El amor y la muerte se repiten en la multifrónica variedad de la angustia y de la alegría. Agrid, el porque todo es aquí primario, elemental, saludable, incorrupto. La mujer, la madre, la esposa, la tierra, los hijos, el vecindario, la leyenda son los hilos, los elementos naufragos de un paraíso perdido cuyos resplandores no se agotan. Los puntos altos de este lenguaje se logran sobre todo en torno a la mujer: la hermosa como ángel de misericordia, como víctima y redentora del varón. Una ternura grande por la condición humana, salpicada de un humor triste y leve, compleja en forma singularmente chilena el cuadro de las experiencias que han informado este primer volumen.

Desde luego, en este caos se puede detectar numerosa material histórica leída en viejos libros, leyendas adivas de tiempos interloquiosos así asimilado al lenguaje poético, profano, suelto, al siquiera justificado por una presentación cruda al estilo pop: sólo asimilado a medias. También hay un conflicto de géneros no superado. Hemos conocido las "novelas poéticas" de Alcalde; hay apretados su "poesía narrativa" (ma en el sentido de incorporar el lenguaje narrativo al verso —pues en su lenguaje domina siempre un desatado lirismo— sino en relación a la substancia novelesca del hilo argumental). Más aun, este conflicto se agrava ahora con la presencia de lo épico y de lo dramático. Sin embargo esta confusión, por imperfecta

que parezca, y tal vez sea, es de algún modo expresiva: es adecuada a la multifrónica y delirante experiencia que nos transmite.

Otro tanto puede decirse de las voces que se reconocen en este Panorama: Vallejo, Neruda, Rosamel del Valle, Pablo de Rokha; entre los extranjeros, Eliot y Ponge. Los veinte años de su composición han dejado huellas de época, influjos evidentes. Sobre todo César Vallejo, por esa entraña autóctona de ternura inocente, de pureza elemental, de oscuridad auténtica, de barroquismo sincero: "Bienaventurado el escudo de letra, el simple de serófago, el superficial de muerte, bienaventurado el dubitativo de escombros, el solo de instrumento, el fiel de lare, el extremo de lágrimas, el sacro de estremecimiento".

Pero en el fondo de esos relieves, donde tantas voces se perciben, hay una autenticidad profunda, una naturalidad dentro de lo barroco, incluso una fiel expresión de la persona y de su situación social de hecho dentro del país y del continente nuestro, en cuanto se vive de referencias culturales inciertas, fragmentarias, caóticas. Pues a estos préstamos formales pueden añadirse otros más lejanos e igualmente improvisados, que mezclan la Ariadna con la epopeya griega y la poesía dantesca y la novela europea. Este desmorrallo, esta forma resonante de años y mitos y lenguajes vueltos resulta positivamente expresiva de la marginalidad, del subdesarrollo, de nuestra carencia de historia, un poco a la manera de Lesma Lima, a quien Alcalde se parece también por su metamorfosis psicológico delirante y genial.

Su barroquismo es siempre oscuro, oscuro, indirecto, arbitrario, así estilizante y abito de palabras. Y sin embargo, hasta en ese carácter se siente al hombre expresándose, usando su misma imperfección cultural como medio expresivo. En medio de sus delirios y arbitriedades —tal vez por debajo de ellos— implanta un mundo humano coherente, subliminal, vivo. Pues el gongorismo flagrante de Alcalde no pierde la veta del impulso, del sentimiento, de la corriente emocional, como sucede también con la prosa de Druget, paralela en muchos sentidos a esta poesía.

Y de pronto, en medio de pasajes inertes, latos, algo reiterativos, el lenguaje de nuestra poesía trabaja con una vida poderosa e inmanente, adivinada y temida, y arrastra al propio autor que pierde el hilo narrativo, épico, dramático, y se convierte en un médium de la palabra. Esto ocurre en las páginas más logradas del libro, singularmente en el Canto 7, en torno al amor y la muerte. El lenguaje habla solo y se construye con inconsciente sabiduría, asumiendo un tono de oración y bienaventuranza, un encanto sálmico y solemne que coincide con sus mejores momentos: "Aquellos" autódica decapitados a horabones; aun anidos dentro de su muerte, aquellos que se devoraron trocándose como piedras para iniciar el primer fuego. El amor los bandira, "Aquellos" que abrieron sus entrañas y luego velaron sus enemigas bocas profundas. Loados sean".

En pasajes como éstos el lenguaje es un río que arrastra mil sonoridades y juegos y asociaciones secretas, un torrente fluvial que se construye con facilidad indisciplina y magnifica. Lo que se dice entonces, se dice por debajo de las locuciones expresas, de la superficie arbitraria e imperfecta del lenguaje; se dice a través de una carga subterránea, emotiva, turbulenta, que es el sentido más profundo de la obra de Alfonso Alcalde.

La lectura de este primer tomo (tan imperfecto como genial de "El panorama ante nosotros" nos deja en la espera impaciente de los cantos que siguen. Lo menos que puede decirse de "El arado de cinco dedos" es que nos abre el sueño.

658190

el Menenio, Hgo., 27-VII-1969 p.3.

"El panorama ante nosotros" [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El panorama ante nosotros" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile